POEMAS INEDITOS DE ENRIQUE HUACO

Fernando Alegría

Enrique Huaco era un pequeño poeta de barro y nieve que caminaba por las ciudades de Europa y América acompañado de otros poetas igualmente morenos, dulces y preocupados, los cuales, abierta o disimuladamente, le salían por los costados y por la espalda siguiéndole como una familia se suaves y relucientes huacos multiplicadores de almás.

Este Huaco que iba así por el mundo junto a sus propios dobles, luminosos, sonrientes, forajidos, había nacido en las sierras del Cuzco en 1933 y en su oficio reflejaba ese origen: Huaco era verde como un minúsculo ídolo de hierro oxidado, y también cantarino como un riachuelo lleno de piedras, era blando, sudado y fresco como un queso de cabra, pero igualmente amarillo como los densos valles del Urubamba, aunque teñido de rojo y asimismo de blanco como oveja, siempre preñado de lluvia, así las nubes y las rocas de Macchu Picchu.

Otros colores le venían de Francia, donde vivió varios años: de los mercados de legumbres y flores, de las salas de lecturas ambulantes junto al Sena, de las camas de húmedos hoteles en Montparnesse, de los grandes atardeceres de bronce, almendras y castañas, de pan y cerezas en las terrazas del Sacré Coeur.

Como poeta, Huaco mira el color, la forma y el fantasma de ciertos objetos y ciertas personas que son, en un momento dado, la suma de una tranquila y sabia actividad sexual. O es el sueño de quienes vigilan los miembros del hombre listos para desatarse. La acción que precede a la violencia, que la detiene, la abre, la penetra y la pone a descansar. Eso es. Más que cualquier otro credo estético o filosófico: la mano pequeña, redonda, morena, jugando con las intimidades de Dios, tocándolas como si las pudiera, cuando en verdad las mata durmiéndose.

Su biografía cabe en un frasco, pero puede salirse de él y atropellarnos. Vivió varios años en cama, me imagino que pensando y recordando, molesto con las migas antiguas que le irritaban la espalda y las piernas. También vivió en un parque de México. Quiso ser director de cine, prefiriendo a veces ser catedrático o rector de alguna universidad que nadie fundaba. Experimentaba con yerbas, gases y óxidos de automóviles japoneses. Adquirió algunos muebles. Bebía lentos martinis, anchos y profundos, que dejaba caer gota a gota sobre una úlcera del

291

porte de un ombligo. No tuvo vicios. La vida, me decía, es un extenso gato negro que es necesario desenrollar y pervertir. Prefería la noche al alba. En su jardín florecía la marihuana como una alegre doncella. Planeaba obras, viajes, bodas. Sin embargo, murió en verano. El 26 de agosto de 1967. Su único libro, *Piel del tiempo*, fue publicado póstumamente. Llevaba un prólogo de Neruda.

Huaco, poco a poco, fue descubriendo una organización semisecreta de mitos aparentemente desplazados pero, en realidad, unidos de modo doloroso, activo, decadente, a lo largo de las sierras andinas y de mínimos pueblos de apariencia desvaída, mitos de mirada vidriosa, estáticos, amenazantes que, como César Vallejo, escogían París para morir, aunque solían cansarse del viaje y preferían entonces reconocerse en gente criolla, de vivos colores, de fuertes lágrimas, muy miserables, coléricas a su modo, marcadas por ese aire lejano que tienen las cordilleras y las nubes peruanas.

La suya es poesía de realidad observada directamente, sufrida a fondo y sexualmente viva; poesía esencialmente mágica que mira desde atrás de las cosas para esconderse a tiempo si se siente espiada. Poesía en crecimiento seguro como la voz de un huaco adentro de otro huaco adentro de otro huaco adentro de otro huaco adentro.

Su voz seguirá sonando porque el tiempo se hace de voces como la suya.

Los poemas que siguen tienen años de estar conmigo. Se publican para recordar a Enrique Huaco. Seguir recordándolo.

Oda al amor terrestre

Amor? Nunca lo vi brillar tan bello
como en los mercados, oculto entre los
quesos, o disfrazado de flor en las
canastas rojas; nunca imaginé su frescura
secular, su subterránea fuerza, como
en esa hora antes de la creación del sol
en la oscuridad.

Lo maravilloso yace sobre las mantas
de las viejas mesas,
listo para ser escogido, observado, olido,
listo para ser palpado por nuestro entendimiento,
listo para dejarse y darse a nosotros.

Quien habla de amor?
Quien, escondido en los jardines
sale a su encuentro?
Quien le espera en las antiguas noches?

Buscaremos una quinta estación
para amarnos;
buscaremos el nuevo mundo,
las playas
donde probar al fin la piel
oscura y perfumada de la dicha
la opaca piel del mango.

Nuestros ángulos son ricos en posibilidades,
tenemos la sed que produce la multiplicación
la sed de la imagen por la imagen,
por ayes! y voces que nos reduzcan
a una bola de luz;

que nos levanten sobre los techos
de los viejos barrios de las ciudades,

jadeantes, plenos al fin,
ardiendo con nostalgia y sabiduría.

La preparación de la violación vista a través de la memoria

El espejo refleja las mitades blancas de una manzana,
o tal vez la firme redondez, el desnudo exacto e inaccesible
de la hembra.

La fina curva que cae en dirección al mar persiste inmutable
e inmóvil frente al asalto imaginado.

La verdadera violencia duerme en la carne; se gestiona en la
hoja de la espiral, en las arrugas húmedas y fosforescentes
del vientre. Así,

Al anochecer, en la oscuridad original del primer día,
aparecerán los nadadores,
armados, elementales y ágiles,
y sus barbas, al socavar la ola, al erguirse y tantear
la redondez concreta de la sombra serán
como las barbas mitológicas de los ciervos.

No conocerán el descanso
por generaciones y generaciones,
petrificados en el ojo de la cámara humana.

La preparación de la violación vista a través de los sueños

En el cuarto, el minotauro ve a sus dos reflexiones, separadas geométrica-
mente, pero equidistantes en sus posibilidades de dicha. Todo es claridad y reso-

nancia cuando él se ve (su voz ya jadeante, espumosa, anunciando tormenta, días felices) o ve moverse, imagina quizá, anticipa los gestos por venir.

Entonces su reflexión que lo sigue, su doble yo que marcha con él y lo completa, cesará de levantarse y repetirlo.

Los dos abrirán la rosa en su escondrijo; desarmarán el mecanismo del quejido, examinarán la substancia eterna y equívoca del éxtasis; acertarán al fin a tocar el corazón y hacer saltar al mundo alrededor de ellos, ese mundo que existe sólo en el sueño y que los sostiene sobre tres ángulos.

En el tiempo presente

Al anochecer me levanto y vuelo
en mi gran camión de ángel
sobre la tierra; vuelo sobre los ríos
y los árboles, vuelo sobre la madera
tierna y fácil de los
pisos de este mundo.

Pero mis ojos permanecen cerrados.
Mi boca apenas muestra el presentimiento
por los días humildes de
terror,
que me aguardan, detrás y delante
de mí,
como un gran puente.

Reclinado al borde de ese río
en París, llamado "La Seine", aquél
que va a los mercados en las
mañanas del sábado, trayendo la
ceniza y luz de otros tiempos
me he volteado para adivinarme más
claramente sobre las aguas.

Acaso me he perdido como dicen
las buenas gentes. Acaso me he
perdido moviendo la cabeza,
sacudiendo la manga de la camisa,
doblando el zapato,
multiplicando mi sombra sobre
la tierra
con cada gesto, cada palabra,
con la voz que se aleja y la voz
que regresa
sobre este espejo de aguas.

Imaginamos ángeles y voces,
imaginamos bosques y rostros a través de
la oscuridad sin gente que crece,
a través de la mortaja que los
días y las noches nos imponen
con sus cuatro estaciones
sus días, y sus meses
sus horas.

Pero dónde está la gracia?
y mirando hacia qué lado,
encima o debajo de mí.
Pero dónde está la gracia.

Estoy suspendido
sin sombra entre los dedos
sin sombra en las suelas
esperando que me empujen
para Oír.

Conjugando el verbo ser

*Lo que soy, era,
desde hace mucho*

*Vengo desde adentro
desde que las cosas son*

Traigo mi infancia en mi
bolsillo: amuletos,
globos,
anillos,
un pedazo de pita para amarrar mi trompo;
mi cometa de papel en la mano.

*Lo que soy, era,
desde hace mucho*

*Vengo desde adentro
desde que las cosas son*

Mi cabeza de trapo surge
continuamente y se renueva.
Mi cabeza de trapo ardiendo
me sigue,
me persigue

por detrás de los árboles,
Me aguaita desde los vidrios
pintados en las colinas;

en los maizales,
junto a caballos sonámbulos.

Al anochecer encuentro mi cabeza
en el fondo oscuro de las cisternas.
Ese soy yo, mirándose en el agua,
con la primera tristeza en el rostro.
Ese soy yo, con la dulce y terrible noche
bajo los párpados.

*Lo que soy, era
desde hace mucho*

*Vengo desde adentro
desde que las cosas son*